cio,—que por la opinión y deseos de mi Padre Fr. Juan de la Cruz y los del P. Gracián, se ordenó esta empresa, y por mi orden salió á llevarla á cabo la Priora de Veas con nuestra Hermana María de Cristo y Antonia del Espíritu Santo, una de las cuatro primeras que se alistaron conmigo en la gloriosa bandera de la descalcez, y creo muy de veras que fué elegida por el Señor como piedra viva de los cimientos de esta Casa.

Mi sobrina Beatriz de Jesús pidió desde Toledo licencia para ir á esta fundación, donde prevía no habían de faltar trabajos; se la concedieron, y todas se pusieron en camino muy confiadas en Dios y en su bendita Madre, que de promesas de criaturas nunca hay seguridad en esta vida; antes bien, *cuando pagan con ingratitudes, es señal de que tenemos contento al Criador.* (Del libro de las *Fundaciones*, cap. XXVII, núm. 11.)

Yo no podía ir á Granada, porque Nuestro Señor mandaba otra cosa; mas estaba cierta que todo lo haría bien Ana de Jesús, y esperaba le había de ayudar mucho Su Majestad. (*Fundaciones*, carta de la Madre Ana, núm. 2.)

—¡Ojalá hubiera sido yo también profesa! Entonces pido licencia para acompañarlas,—dijo tímidamente la novicia.

—«Es gran bien el tener grandes deseos en el servicio de Dios, y no ser cobardes las almas», (*Conceptos del amor de Dios*, cap. II, núm. 26)—respondió la fundadora.

Teresa sonrió muy contenta de que su tía y Prelada aprobase los inocentes fervores que había mostrado.

—Este santo valor,—prosiguió Teresa de Jesús,—es el que han manifestado las que fueron á Granada; no sabes, hija mía, cuánto han padecido: fríos, nieves, recias tempestades y enfermedades agudas; de todo se ha valido el enemigo para impedirles levantar la nueva casa; hasta en los ánimos ha dominado, volviéndoles contrarios cuando más fácil parecía lo que se había de hacer.

Estaban ya nuestras Hermanas en camino, y todavía el Arzobispo, mal impresionado por algunos enemigos de la Reforma descalza, negaba la licencia para la fundación; representábanle el mucho mal de ser monasterio pobre, y entre opiniones encontradas, sin saber por qué decidirse, negaba en absoluto. Fray Diego de la Trinidad, que es muy siervo de Dios y partidario de la justicia, le daba cuantas buenas razones le sugería su claro talento, sin que ninguna aprovechara; pues cuando se enciende el fuego de la persecución, no basta para apagarlo toda el agua de la verdad.

Llegaron las religiosas con todo secreto á Daifuentes, donde estaba desencadenado un furioso temporal, y apenas se hallaron instaladas arreció la tormenta, y un horrible estallido que las hizo estremecer anunció la caída de un rayo; calmó luego la tempestad, y cuando al siguiente día llegaron á Granada, encontraron alborotada la ciudad; el rayo que oyeron desde Daifuentes había caído en la librería del palacio arzobispal, donde quemó y destrozó mucho, así como en las caballerizas que cuadraban debajo, en las cuales mató algunas bestias.

El Prelado se hallaba enfermo del susto, y tan mudado el ánimo respecto á la fundación que ya sólo trataba de protegerla.

—¡Bien haya la causa que tales efectos hizo! —exclamó asombrada la novicia.

La santa Madre continuó:

—Las religiosas, que sin licencia y de secreto habían ido, confiadas sólo en una parte de casa que les cedía Doña Ana de Peñalosa, noble dama recién venida á la ciudad, escribieron desde allí al Prelado solicitando el permiso para decir Misa, y añadieron que no la oirían hasta que su señoría quisiera venir á decirla, ú ordenara qué se debía hacer; si la enfermedad no se lo impidiera, el Arzobispo habría acudido muy gustoso; mas envió en su lugar al Provisor, que celebró el santo Sacrificio y puso el divino Sacramento con toda solemnidad.

Á pesar de este buen suceso, no puedes figurarte, hija mía, lo que aquellas benditas criaturas han padecido: aposentadas en una casa opulenta, carecían de todo, hasta el punto de que los Padres descalzos tenían que enviarles para comer de sus pobres abastecimientos.

—Pero ¿y Doña Ana Peñalosa? ¿Y el caritativo pueblo de Granada?

—*A quien nuestro Señor quiere hacer merced de que padezca, tiene muchos medios (Fundaciones,* cap. XXVI, núm. 5), y le ofrece los trabajos por raros caminos; digo esto, porque la bonísima Doña Ana, que tanto favor les hizo con recibirlas en su morada, las creía con recursos de la ciudad; y ésta, al verlas en casa tan suntuosa, las consideraba muy sobradas de todo. Pero las nuevas que hoy recibo compensan los disgustos pasados: sabe, Hija, que la fundación de Granada se halla á estas horas en camino real y libre

de escollos; que hay muchas nobles doncellas deseosas de vestir nuestro santo hábito; que gozan las descalzas la consideración de los mismos á quienes parecía nuestra Regla locura ó disparate; que tienen cuantas Misas desean, y sermones de los más afamados predicadores de la ciudad. ¡Oh qué gran contento recibe mi corazón con tan dichosas nuevas! ¡Cómo me hacen recordar lo que decía Cristo á sus Apóstoles: *Cuando os envié á predicar sin alforjas y sin zapatos, ¿os faltó algo por ventura?*

La novicia tomó una de las manos de su santa Madre y la besó cariñosamente; aquella agradable plática equivalía para ella á muchas horas de recreación.

VII

A pesar del calor que todavía se dejaba sentir en las horas de siesta, una fresca brisa movía la cortina de lienzo que, puesta delante de la ventana, templaba la luz del sol. Entre el follaje de los árboles que adornaban el huerto cantaba suavemente un pajarillo, y sus ecos, debilitados por la distancia, llegaban hasta la celda para aumentar la grata quietud que disfrutaban aquellos corazones.

—Madre, —dijo al fin Teresa después de un largo silencio: —razón tiene su reverencia en alegrarse de lo sucedido; pero lo que me asombra es que ni de cerca ni de lejos deje de la mano cuanto se emprende para gloria de Dios, y desearía sobre este punto explicar mi pensamiento si lo tiene á bien mi venerable Prelada.

—Tanto más lo permito, cuanto que es tu deber y mi gusto; habla, pues, francamente, hija.

—Diré entonces que la tengo comparada con el labrador que posee un campo vasto y fértil, como las llanuras del país donde vi la primera luz; campo deleitoso, plantado de corpulentos árboles, entre los que sobresalen elevadísimas palmas, verdes cocoteros y plátanos sabrosos. Incansable el dueño por acrecentarle, vaga de continuo en la heredad, ya con la pala, ya con la segur, ya con la azada, y aquí poda la rama seca, allí remueve la tierra, acá fortifica el cercado y allá riega los nuevos planteles. Por igual modo su reverencia acude con sus cartas, avisos, consejos y exhortaciones, y este gran campo de la Reforma que labra se engrandece para el Señor que es una maravilla.

—«Muéstrase la misericordia de Dios en dar osadía á personas flacas para cosas de su servicio» (*Fundaciones*, cap. II, núm. 7), — repuso con humildad la santa Madre; —«teniendo constancia en lo bueno, aunque sea poco lo que ejecutemos, Su Majestad lo juntará con lo que hizo en la cruz para que nuestras obras tengan valor por pequeñas que sean.» (Espíritu del cap. IV, núm. 12, *Meditación* 7.ª)

La campana que llamaba al coro interrumpió á la fundadora; ella y la novicia se levantaron al punto para acudir á la oración.

VIII

—Me han preguntado vuesas caridades, hijas y hermanas mías, — decía la santa Madre algunos días después de la conversación ahora aquí referida, y cuando terminaba una provechosa lección que había dado á sus monjas,—lo que harán para librarse de las baraúndas y estorbos que pone el enemigo en el ejercicio de la oración. Bien entenderéis que, como ella es la coraza que usamos para combatir con él, anda siempre buscando el hueco para herir, y en esto pone todo su cuidado. «Acá, libres estamos de lo exterior; en lo interior plegue al Señor que lo estemos y nos libre. Guardaos de los cuidados ajenos; aprovéchase de ellos el enemigo, y es menester entender sus ardides y que no nos engañe hecho ángel de luz. Hay una multitud de cosas en que nos puede hacer daño entrando poco á poco, y hasta haberlo hecho no lo entendemos. (*Meditación* 1.ª, capítulo II, núm. 15.)

«Ya os dije otra vez que es como una lima sorda, y es menester entenderle en los principios: quiero decir alguna cosa para explicarlo mejor. Pone en una Hermana ímpetus grandes de penitencia: parece no descansa sino cuando se está atormentando; este principio bueno es: mas si la Priora ha mandado no haga penitencia sin licencia, y le hace parecer que en una cosa tan buena bien se puede atrever, y á escondidas se da tal vida que viene á perder la salud y no hacer lo que le manda su Regla, ya veis en qué paró este bien; pone á otra un celo de la perfección muy grande;

esto muy bueno es; mas podría venir que cada faltita de sus Hermanas le pareciese gran quiebra, y un cuidado mirar si las hace y acudir á la Priora, y aun á veces podría ser no ver las suyas por el cuidado que tiene de la Religión. Como las otras no entienden el interior y ven el cuidado, podría ser no lo tomaran á bien.» (*Meditación*, cap. II, núm. 16.)

Con estas y otras razones ilustraba Teresa de Jesús el espíritu de sus hijas, y les mostraba el peligro que trae un exceso de falso celo, y de qué modo puede con él turbarse la paz, como quien sabía que el eterno enemigo de las almas, desahuciado muchas veces de entrar en ellas por la ancha puerta de los vicios, procura aprovechar la estrecha de las virtudes.

IX

Dicen los historiadores de la santa Madre que tuvo revelación de la época de su muerte años antes de que sucediera; y al considerar los trabajos de los últimos tiempos y las perfecciones con que asombró al mundo, parece confirmada tan piadosa creencia: si bien es verdad que nunca le faltaron sufrimientos, el aumentarse las enfermedades, lo difícil y penoso de sus continuos viajes, y las amarguras sin cuento de las postreras fundaciones sembraban de tantos abrojos los caminos que recorría, que bien mostraban preceder al eterno descanso. La inalterable paciencia con que lo sobrellevaba todo aquel alma privilegiada, hacía también comprender que le sonreía esta dulce esperanza.

Alerta siempre como el buen soldado en el puesto que se le confía, las breves horas que la Comunidad empleaba en el sueño y recreación, las invertía ella en escribir y en orar; multiplicábase para atender á cuantos la necesitaban, y allá iban sus consuelos donde más faltan hacían. En el mismo correo que llevaba á María Bautista una larga carta dándole instrucciones y avisos como Prelada, remitía otra á Doña María Enríquez, duquesa de Alba, consolándola en la tribulación que sufría por la inesperada prisión de su esposo, y la terminaba con estas tiernas razones:

« Dios dé á V. E. tanto amor suyo que pueda en esta ausencia pasarlo con sosiego, que sin pena es imposible.» (Carta IX, núm. 6.)

Todavía transcurrieron algunos meses en la venturosa quietud que tan pocas veces le fué dado gozar, y los aprovechó para bien de muchas almas.

Mientras mostraba afecto natural y santo á su familia, dando sanos avisos á los sobrinos Francisco y Lorenzo de Cepeda, á Juana Ahumada y su marido Ovalle, enviaba sabios consejos al arzobispo de Évora, D. Teutonio de Braganza, útiles advertencias á D. Alonso Velázquez, atinadas observaciones al P. Gracián, cariñosas enseñanzas á la Priora y comunidad de Soria, y con especialidad á su dulce hija en Religión, Leonor de la Misericordia, novicia entonces en él.